

EDITORIAL

SENTIR CON EL DEBIL

Es la consigna de los Rvdmos. Metropolitanos españoles para las campañas de A. C. durante el bienio 1959-60. Consigna que gustosamente secundamos, por su actualidad e interés.

Es un airear de nuevo la certera imagen de S. Pablo: "Muchos son los miembros del cuerpo y todos son necesarios. Ni puede decir el ojo a la mano: no he menester tu ayuda; ni la cabeza a los pies: no me sois necesarios. Si un miembro padece, todo el organismo se resiente y padece..."

La imagen la puso de relieve de nuevo Pío XI en la Div. Red. al hablar de las exigencias de la justicia: "Así tampoco se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada parte y a cada miembro, es decir, a los hombres dotados de la dignidad de persona, cuanto necesitan para cumplir sus funciones sociales."

Por el bien de los mismos miembros débiles, y por el bienestar de los sanos. Si el bienestar de los miembros principales del cuerpo refluye en todo el organismo, el mal del más insignificante de ellos es una lesión del bien común orgánico. De modo análogo: el bienestar de los miembros capitales sociales ha de afluir a toda la sociedad, como la necesidad del miembro más innominado del cuerpo social, "dotado de la dignidad de persona", ha de afectar al bien común.

Luis Vives, en su libro "Del socorro de pobres", al grabar a los gobernantes con la obligación de atender a los necesitados, refuerza así, por el relieve de la comparación, su argumento: "Los que sólo miran por los ricos —los sanos diríamos en este momento— despreciando a los pobres, hacen lo mismo que si un médico juzgase que no se debía socorrer con medicinas las

manos y los pies, porque distan mucho del corazón; lo cual, así como no se haría sin grave daño de todos los hombres, así en la República no se desprecian los más débiles sin peligro de los poderosos, pues ellos, estrechados en la necesidad, hurtan, tienen envidia a los ricos, se indignan, se irritan de que a éstos les sobre para mantener bufones, perros, mancebas, mulas, caballos... faltándoles a ellos qué dar a sus pequeñuelos hijos hambrientos."

Es cierto que procurar el bien común es papel de la sociedad civil, del Estado, "gerente del bien común", pero sin sentirse excluido el individuo; hasta advertir Sto. Tomás que "es imposible que un individuo sea bueno si no se acomoda al bien común" (Suma, 1, 2, q. 92 a. 1). No con exageración socialista; pero es claramente anticristiano el cerrarse en el círculo estrecho del bien particular sin una mirada y un sacrificio por el bien de la sociedad.

Sin gran esfuerzo mental se comprende que, precisamente por darse como obligación secundaria, tanto aprieta al individuo este servicio del bien común cuanto mejor atendido esté el particular propio; tanto mayor será la obligación de abrir el radio de acción en bien de los demás, cuanto más sufran los miembros enfermos del organismo social, cuanto el bien común está más en peligro.

Por las razones expuestas aprieta León XIII la conciencia de las clases elevadas, los miembros eufóricos de la sociedad cuando les dice: "Exhortamos a los ciudadanos pudientes; los que por su nacimiento, su fortuna, su cultura intelectual y moral gozan de mayor influencia y prestigio social... que consideren que el preocuparse por la suerte de los humildes no constituye para ellos una actividad libre que pueden aceptar o descuidar a voluntad, sino una obligación categórica que en ninguna manera les es lícito desconocer. Pues ningún miembro de la sociedad vive en ella para mirar únicamente por sus propios intereses, sino también por los de los demás, y de suerte que lo que un miembro no pueda aportar al bienestar común, lo aporte con creces el que tenga medio para ello" (Grav. de C., 10).

No se vive hoy día la idea de servicio o sacrificio que exige el bien común, y fatalmente para todos. Porque ley fatal de la naturaleza es que si un miembro padece, todos los demás, involuntariamente, han de padecer. En el organismo social será sufrimiento físico o moral, será la privación o el temor, será el odio o la intranquilidad, será en la fortuna del cuerpo o en la conciencia por el remordimiento; pero el sufrimiento se da.

Profundos son los pensamientos de Foerster: "No nos damos cuenta de cómo pesan hoy día sobre nuestras alegrías las voces de los desheredados... Porque el hombre es un ser social y no un perro que roe los huesos en un rincón; es siempre estímulo de su propia alegría la aprobación de su prójimo. Si es que ha de reír, ha de tener paz en su conciencia, porque la verdadera alegría, la verdadera risa, sale de dentro, de lágrimas enjugadas, de cadenas rotas, de egoísmo vencido. Dudamos de la conveniencia de nuestra risa cuando el otro permanece serio; la alegría es un cantar a coro. Por lo mismo hoy casi la desconocemos. La conoceremos de nuevo cuando nuevos ideales de vida bendigan toda la comunidad de hombres que trabajan."

El egoísmo se ha enseñoreado del mundo. "El egoísmo es la mancha y el gran pecado de nuestros días." Fué el diagnóstico fuerte, pero certero de Pío XI, en 1931. Y tal vez se ha recrudecido. ¿Permitirá ver claramente el problema de los económicamente débiles?

Porque el primer paso para actualizar la consigna es romper la venda de los ojos, para mirar con mirada fija al feo panorama de los necesitados, de los económicamente débiles, como se les ha llamado, no sabemos si queriendo engañarnos ocultando otros nombres que hieren... y acusan: los pobres, los necesitados, los hambrientos.

★ ★ ★

Hay hambre en el mundo; como la ha habido, y probablemente la habrá. No es fácil satisfacerla en todos, y menos enseñoreado el egoísmo del mundo.

En 2.691 millones se calcularon los habitantes de la tierra en 1956. Continúa el crecimiento; porque si cada día mueren

unos 180.000 seres humanos, nacen unos 240.000. Si cada año mueren unos 65 millones, nacen unos 87 millones. Todos necesitan alimento y vestido; y sin más, plantean el drama entre población y alimentación.

Se ha calculado que en nuestros tiempos mueren cada año 30 o 40 millones de seres humanos, por hambre. Y la mala alimentación no está limitada a los países subdesarrollados, aun cuando el cuadro geográfico del hambre muestre los grados inferiores en Extremo Oriente, donde el número de los subalimentados llega al 90 por 100; en Sudamérica, más de las dos terceras partes de la población están compuestas de individuos mal alimentados, mal vestidos y mal alojados.

Vivimos en contrastes que hablan de terribles diferencias, más que de unidad y comunicabilidad.

Contraste en el consumo de alimentos. El 30 por 100 de la humanidad consume el 80 por 100 de los bienes, quedando para el 70 por 100 el consumo del restante 20 por 100.

Es verdad que no pueden hacerse afirmaciones globales y uniformes; hay regiones que inspiran serios temores tanto para satisfacer el hambre del presente como para alimentar a la población futura en aumento; en cambio, otras pueden mirar el porvenir con tranquilidad: Norteamérica, como relativamente Europa por el alto rendimiento de su suelo.

Tremenda desigualdad en el consumo de calorías. Si para el desarrollo normal de la vida humana, como resumen de una encuesta mundial de la F. A. O., se necesita un promedio de 2.750 calorías por día y cabeza, se ve que hay 1.500 millones de hombres insuficientemente alimentados. En estadística de hace años el promedio de calorías por español era de 2.601 a 2.800, ocupando un puesto medio en el conjunto de las naciones.

Aumenta la magnitud del duro contraste entre pueblos hartos y pueblos hambrientos el hecho de la conducta de algunas naciones contra la producción: la destrucción de los alimentos: un millón de vagones de trigo por año, 250.000 toneladas de azúcar, 25.000 toneladas de carne, 40.000 toneladas de pescado, etc., precisamente en el año en que se registraron 2.400.000

muertes por hambre. Todavía en 1950, el Secretario de Agricultura de EE. UU. autorizó la destrucción en sus áreas de producción de todo el exceso de cosecha de patatas, estimado en 25 millones de bushels...

Se ha calculado que con los deshechos alimenticios de una ciudad norteamericana de 100.000 hab. se podría alimentar a una ciudad europea del mismo volumen y con los deshechos alimenticios de una ciudad europea de 100.000 hab. se podría alimentar otra igual asiática.

Hay pueblos hambrientos peligrosamente al servicio de los pueblos hartos, por la imposición de importaciones, por el trabajo rudo y por las víctimas que hablan del impuesto de "la libra de sangre", cobrando a veces realidad la expresión del economista alemán W. Sombart: "Nos hemos hecho ricos porque razas enteras han muerto por nosotros; para nosotros se han despoblado continentes."

Contraste entre las rentas nacionales. En 1950 la renta nacional de EE. UU. alcanzó la cifra de 250.000 millones de dólares, cuando la renta junta de las naciones de Europa Occidental ascendió a 150.000 millones. Estas dos rentas juntas, unos 400.000 millones de dólares, fueron cinco veces superior a la renta global de todos los países subdesarrollados juntos, unos 80.000 millones.

En 1950 con cifras de la O. N. U se podrían distinguir cuatro grupos de naciones en cuanto a la percepción de la renta nacional: desde 1.500 dólares en EE. UU., 870 en Canadá..., hasta 55 en Bolivia, 51 en Pakistán y 25 en Indonesia. Estamos los españoles en el segundo grupo, entre los países de 200 a 400 dólares.

Contraste en el nivel de vida. Se ha afirmado que sobre la base del nivel de vida asiático, Norteamérica podría sostener una población no de 160 millones de habitantes como ahora, sino de 577 millones. Un tercio de la humanidad gasta en un año menos que la inmensa mayoría de los países occidentales en un mes. Y no sólo en el consumo de alimentos; hay diferencia, por ejemplo, en la disponibilidad de abonos minerales

y de la maquinaria agrícola para aumentar la producción de alimentos. Lo mismo en el consumo de energía eléctrica, etc.

Nada tiene de particular que hayan hecho su aparición los temores y teorías neomaltusianos, ante el hecho del hambre integral o parcial. Y con los maltusianos, han aportado teorías más o menos peregrinas, otros alarmados con el crecimiento de la población y queriendo poner a la misma un freno. La mala distribución de los artículos alimenticios, tanto en el ámbito nacional como internacional, será una de las causas del hambre. "Hemos alcanzado mucho más éxito —dice Frank Boudreau— en producir alimentos que en distribuirlos de una manera adecuada." El egoísmo es un inmenso obstáculo para lograrlo.

Por eso, dentro de las mismas naciones hay contrastes rudos entre riqueza y hambre; aun cuando no sean fenómenos perfectamente antagónicos, pero les une lazo estrecho. El primero permite remediar en parte las deficiencias eventuales del otro.

* * *

La página universal que hemos presentado no tiene por objeto desviar la atención de lo típico nuestro. Al contrario. Si no estamos en el escalón último, cierto que en nuestra sociedad hay miembros débiles, que sufren, que tienen hambre, en sí y en sus hijos. Hay en nuestra sociedad miembros sanos que se preocupan con deber de justicia y caridad, las dos virtudes del orden social, por elevar la suerte de los desheredados. Pero hay otros en quienes el egoísmo ha endurecido el corazón y metalizado la conciencia. O la frivolidad de la vida les hace vivir en un mundo irreal, de espaldas a obligaciones que Dios ha impuesto sobre los bienes materiales, las rentas sobrantes, los bienes superfluos; y sobre los bienes de cultura, de religión y moral. Quiera el Señor que vayan siendo ganados todos ellos por el ambiente que logre la consigna lanzada a lo grande y a lo pequeño, con datos y con comentarios; que se note que la escasez y el sufrimiento de unos pone freno y limitación al goce y a la alegría de otros y al despilfarro de no pocos con un sentido de auténtica simpatía cristiana.